

Elefante sí, pero no blanco

Escribe: HECTOR SANCHEZ

Hace algún tiempo tropecé con un excelente tallador de maderas, centroamericano por los cuatro lados y amigo en las jornadas que por aquí se viven. De primera mano me contó que había pasado un par de meses en París, vengando como se acostumbra, las restricciones de días anteriores. Intentando sumarme a su complacencia le recordé todos esos museos que debía haber visitado, por estricto deber profesional. Con la sangre metida en el rostro y algo tartamudeante me confesó que en eso había fallado. Insistí en que por lo menos habría visto a ese anacrónico elefante del "Centro Pompidou", al que tarde o temprano se termina visitando en París. Hasta en eso había fallado, me dijo desfalleciente. En cambio había aprovechado sus vacaciones para encerrarse con otros paisanos a jugar al poker y a beber vino, en algún piso situado sobre la calle *Pigalle*... nada menos. Chalados así los encuentra uno todos los días, sin delimitaciones geográficas, solo que en el latinoamericano se convierte muchas veces en picaresca. El chalado de acá es más contenido y en ocasiones alcanza el ascetismo. También es cierto que cuenta con mejores recursos económicos para costearse sus locuras, y así, mientras que uno de los nuestros decide ir a ponerse por delante a un tren, un belga o un sueco, en parecidas circunstancias, renuncia a su trabajo, a su país y a su familia, lanzándose a darle la vuelta al mundo, por mar, tierra o aire.

La cuestión, pues, reside en la capacidad material de poner en marcha un proyecto tan crucial, o de otra manera, en la forma de dar curso libre a sus pensamientos diabólicos. El señor Gustave Eiffel hizo muy bien en levantar sobre el corazón de París esa colosal torre metálica que desde 1889 se ha convertido en un símbolo inconfundible de la gran ciudad, cosa que sin

embargo no lo salvaría de ser considerado como algo excéntrico. En cambio si hubiera optado por saltar desde la torre de *Notre Dame* con un par de alas de papel, lo de excéntrico hubiera sido sustituido por lo de loco.

Cuando Georges Pompidou es elegido presidente de Francia en 1969, una de las primeras propuestas que formula a su país, es la de construir un gran monumento que recogiendo las tendencias de la modernidad, sirva de santuario a las artes y la ciencia, superando así el concepto tribal de lo monumental, de lo ostentoso por lo ostentoso. En su carrera hacia la cima del poder había declarado en alguna ocasión: "Estoy sorprendido del carácter conservador del gusto francés, particularmente de eso que se llama "la élite". Me escandaliza la política gubernamental en materia de arte desde hace un siglo y es por ello que trato de actuar de una manera diferente. ¿Mis razones? Me gusta el arte, amo a París, quiero a Francia...".

Por amor a todo ello, Pompidou propone a la Asamblea Nacional la construcción de un gran centro cultural que sirviendo al hombre, constituya a la vez un homenaje a la civilización contemporánea, en sus hondas crisis y en su lucha por seguir adelante. La divulgación del proyecto crea un cisma en el seno de la sociedad parisina: un mundo viejo se enfrenta al nuevo. La piedra secular que ha mantenido en pie el sueño de una ciudad, se ensombrece ante la amenaza de metales espurios, concebidos como soportes de esa gran "monstruosidad". También sus habitantes aman la ciudad, tanto o más que Pompidou, y no quieren verla ultrajada por el descaro de una fachada que de repente se les parece al interior de una fábrica sin puertas ni paredes.

Los franceses que jamás han sido menos franceses que ellos mismos, que jamás han sido superados en su patriotismo, ni en su comprensivo desdén por todo lo que se encuentra más allá de sus fronteras, todos ellos y especialmente los de la metrópoli, tienen que resignarse a la doble tragedia de ver humillada su arquitectura tradicional, y verla humillada gracias a las pasmosas elucubraciones de expertos ingleses e italianos a quienes se ha confiado el proyecto y construcción del "Centro" que de momento se llamará Pompidou, pero que en una especie de ajuste de cuentas, terminará siendo reconocido por sus vecinos como *Le Beaubourg*, nombre que lleva una de sus calles aledañas.

Para mayor ironía, cabe señalar que los materiales utilizados en su construcción fueron traídos de Alemania, mientras que la mano de obra corrió a cargo de norte-africanos.

En 1974 cuando el “Centro” es una realidad, Claudius Petit, perito en la materia, declaró ante la Asamblea Nacional: “Sin duda, algunos estimarán que el centro constituye una agresión a París. *Notre Dame* debió representar también una singular agresión al paisaje de la Edad Media. Y el Palacio de Luxemburgo debió ser también una incursión escandalosa, proponiendo otros cánones de belleza mientras se seguía admirando a los constructores de catedrales. Pero cada vez que el artista tiene que decir algo, se plantea el reto, surge la intuición, se produce el estallido. El conjunto de Beaubourg no es un museo, ni una academia, ni una manifestación personal o autoritaria, ni una especie de quimera planteada por un príncipe. Es, por el contrario, un lugar de encuentro, de creación multiforme donde la arquitectura se atreve a negar aquello que lo contiene”.

Comparto sobre todo la parte final de esta exposición. Cuando visité por vez primera el “Centro”, acompañado por Helena Araújo, escritora, hace muchos años ausente de su país, tuve la impresión de encontrarme frente a una plataforma petrolífera arrastrada hasta tierra firme. La visión compleja de conductos cilíndricos, sus columnas, soportes, pasadizos y todo su espectro general, me produjo esta justificable impresión. Evidentemente, su arquitectura negaba todo aquello que la contenía. Las palabras de Claude Mollard, quien ha publicado un libro en torno a los problemas del Beaubourg, arrojan bastante luz al respecto: “No se puede construir hoy según el estilo del siglo XVIII. El *pastiche* del pasado no es la mejor manera de renovar un barrio antiguo. El carácter funcional, tan criticado, de la arquitectura del “Centro”, ¿no es por el contrario un gran acto de modestia en relación con su contorno? Mejor que un vistazo sobre el exterior del “Centro”, son sus correspondencias. Así, la importancia dada a las estructuras exteriores, esas “tripas” que, como en la arquitectura gótica, se afirman vehementes. Se puede asimismo encontrar correspondencias entre los *gerberettes* del edificio y las gárgolas de la iglesia Saint-Meri, entre las figuras geométricas que dibujan sus subientes, sus tubos, sus corredores o pasillos, y las fachadas estrechas de los edificios del siglo XVIII que bordean la calle Saint-Martin”.

Como frente a una gran devastación, es necesario aguardar a que el desorden adquiera sus propios perfiles, antes de asumir la decisión de participar o de huir. Este singular elefante introducido caprichosamente en el concierto armonioso de una ciudad, tiene que por fuerza conmover al espectador, muchas veces hasta el alarido. Lo monumental ha sido siempre una exaltación, pero lo monumental aquí ha pasado a ser una pura crispación existencial que parece aglutinar el sombrío panorama de nuestro tiempo. Mustio, como una pesadilla, el Beaubourg se alza en medio del sueño de otros tiempos, subrayando nuestras inagotables poquedades, el carácter mecanicista y sintético en que ha entrado el proyecto humano.

El elefante parece morir aquí, con nuestro pulgar firmemente orientado hacia abajo. Pero no muere. Se rehace cuando uno ocupa su vientre y a través de sus milagrosas arterias empezamos a descubrir su verdadera funcionalidad. Todas las manifestaciones artísticas que ningún museo del mundo puede recoger, se dan cita aquí, desde la creación industrial, pasando por el teatro, la danza, la música, los audiovisuales, la biblioteca, el cine, la recreación para niños, las artes plásticas, hasta su impresionante Museo Nacional de Arte Moderno, uno de los más completos del mundo, si no el mejor. Como dicen los promotores, aquí hay de todo y para todos los gustos. En este sentido, el Beaubourg satisface las necesidades de la investigación, de la curiosidad y del encuentro de millones de personas que allí coinciden a diario, entre franceses y turistas. Por lo menos quinientas mil personas desfilan mensualmente por sus instalaciones, fuera de los observadores más pasivos que se complacen solamente con la perspectiva exterior. Su espléndida biblioteca atiende las necesidades de cuatro a cinco mil lectores por día que pueden utilizar además, diapositivas, casetes y discos, como excelente complemento de sus investigaciones. Algo parecido sucede con el tercero y cuarto piso, donde lo mejor del arte contemporáneo alcanza su síntesis más calificada con obras de Braque, Laurents, Rouault, Matisse, Giacometti, Miró, Tapies, Chirico, Dalí, Haussmann, Magritte y una larga lista que resultaría interminable.

Como es lógico el "Centro" tiene problemas, especialmente el de conseguir, como dice el presidente del mismo, Jean Millier, que sus actividades se desconcentren, de manera que la provincia tenga una participación plena en sus beneficios culturales,

cosa que solo puede conseguirse con el intercambio, algo disperso en la actualidad. Hasta el momento la incomprensión ha sido un elemento polémico, cuyos efectos se vieron reflejados en la decisión tajante del anterior jefe de estado, Valéry Giscard d'Estaing, quien suprimió de un plumazo su presupuesto anual que no llegaba al 0,1 por ciento del presupuesto general del Estado. Por fortuna, todas estas dificultades han sido subsanadas por las fuerzas políticas más progresistas del país que, en lugar de rasgarse las vestiduras por el hermoso paquidermo heredado, han canalizado los recursos necesarios para mantenerlo vivo en su imponentia.

Yo siempre miraré con recelo a esta monumental chatarra de rostro lavado que nunca termina de irritarnos. Pero he de reconocer que como pasa muchas veces, su apariencia no refleja forzosamente su verdad interior. Esta contradicción quizás sea la mejor prueba de lo que somos, de lo que hemos llegado a ser, a través de la historia y a través del arte. Por lo demás, demuestra la utilidad de los elefantes, cuando su color no es el blanco.